

Prólogo

Román Gubern¹

Sigmund Freud tenía cuarenta años cuando el invento del cinematógrafo llegó por vez primera a Viena y, como es lógico, no prestó atención a aquellas imágenes torpes y parpadeantes que atraían a los niños y a las capas más incultas de la sociedad. Unos años más tarde ocurriría lo mismo con los escritores de la generación del 98 en España, que eran ya personas adultas y formadas cuando el cine llegó a la península. Habría que esperar a la generación del 27, coetánea del cine (Buñuel nació en 1900), para que sus niños y muchachos crecieran entusiasmados con sus cintas cómicas, sus persecuciones trepidantes, sus seriales de aventuras, sus seductoras estrellas y sus besos en primer plano. Rafael Alberti, Luis Cernuda, Salvador Dalí, Francisco Ayala y tantos otros se entregaron con delirio al nuevo espectáculo. Salvador Dalí llegó a escribir en 1929: “Ya anteriormente los *fax*, sobre todo los más vulgares, tocados por las pianolas de los cines, nos habían tentado a Pepín Bello y a mí a encerrarnos a vivir día y noche en un cine vacío, haciendo sonar la pianola y comiendo conservas”. De modo que ante la *cinematofobia* de la generación del 98 se alzó la *cinefilia* de la generación del 27, que conoció el primer

1 Historiador del cine, argumentista y guionista de cine y televisión, Román Gubern es también catedrático de Comunicación Audiovisual y ha sido docente de Historia del Cine en la University of Southern California, la Venice International University y el California Institute of Technology. Autor de numerosos ensayos sobre cine y miembro de asociaciones españolas e internacionales relacionadas (Asociación Española de Historiadores del Cine y la Association Française pour la recherche sur l'Histoire du Cinéma, entre otras), ha recibido la Medalla de la Asociación Española de Historiadores del Cine y en 2010 la Medalla de Oro de las Bellas Artes.

ejemplo modélico de “sueño filmado” con *Un perro andaluz*. Y el propio Freud, que vivió de espaldas al espectáculo cinematográfico —se dice que no vio una sola película en su vida—, no dudó en un texto en comparar la conciencia con un “proyector óptico” interior.

Al fin y al cabo, como postularon razonablemente los surrealistas, los films eran sueños representados sobre pantallas, en un entorno de oscuridad, como los sueños nocturnos. La convergencia había sido observada hacía más de un siglo, antes del invento del psicoanálisis y del cine, cuando el alemán Jean-Paul Friedrich Richter escribió que “el sueño es un arte poético involuntario”. Sin darse cuenta, Freud siguió esta senda cuando publicó *La interpretación de los sueños* (1901), distinguiendo el *contenido manifiesto* de los sueños, que sería su poesía, y su *contenido latente*, que sería su prosa, manejable científicamente por el terapeuta. Años más tarde, lejos del cine por su reclusión carcelaria, Antonio Gramsci podría referirse a las novelas de aventuras como “un sueño con los ojos abiertos”.

Este “sueño para personas despiertas”, como lo definió Jean Goudal, no podía dejar de interesar a los psicoanalistas y a los sociólogos, pues por su pantalla se colaba lo reprimido. En 1960, Sigfried Kracauer, insertando este discurso en el ámbito de la sociología, escribió que “en tanto que las películas son entretenimiento masivo, están obligadas a abastecer a los supuestos deseos y ensueños del público en general. Significativamente, Hollywood ha sido llamado *fábrica de sueños* [por el escritor Ilya Ehrenburg en 1932]. Ya que la mayor parte de las películas comerciales son producidas para su consumo masivo, podemos asumir legítimamente que existe una cierta relación entre sus intrigas y sus ensueños tal como aparecen estar extendidos entre sus clientes, o dicho de otro modo, se puede suponer que los acontecimientos en la pantalla se apoyan, de algún modo, en modelos de sueños reales, promoviendo la identificación del público”.

De ahí la pertinencia científica de las reflexiones colectivas como las aquí propuestas.

Nota de un colaborador

Alberto Pinillos

Universidad de Alicante

José Luis Pinillos, incansable investigador y divulgador de la psicología científica y cognitiva en España en facetas como la personalidad o la psicociología, ha sido siempre un metódico estudioso y ferviente admirador de la obra de Freud, hasta el punto de que entre sus maestros se encuentra Anna Freud, de la que fue alumno en la lejana Inglaterra de la primera mitad de los años 50. Su obra cuenta con algunos títulos especialmente significativos, como el libro *Más allá de Freud* (1977) o “Freud en 2000”, artículo publicado en la revista científica *Temas para el Debate* (2000), aportaciones que invitan a pensar que en los albores del nuevo siglo su obra sigue vigente y el psicoanálisis terapéutico freudiano y postfreudiano convive con las tendencias, metodologías y doctrinas actuales al menos en el ámbito profesional.

Las I Jornadas de Cine y Psicoanálisis, con sede en la Universidad de Alicante, de indudable interés por la calidad de los ponentes y las obras objeto de estudio, fue una ocasión dorada que no quisimos dejar pasar para citar nuestra experiencia personal y el testimonio académico heredado sobre el psicoanálisis, rindiendo nuestro homenaje a la figura de Freud y, creemos que merecidamente, también a José Luis Pinillos, uno de sus divulgadores más cercanos al público universitario.

